

REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION PARA EL HOGAR

SARA CASAL Vda. de QUIROS, Directora

SAN JOSE

COSTA RICA

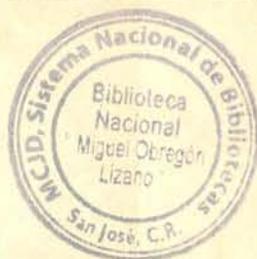
AMERICA CENTRAL

Año VIII

3 de Julio de 1938

No. 336

HCR
056
R454-rc



Da. Eudoxia Castro vda. de Yglesias

Nobilísima matrona fallecida el 24
de Junio, a la edad de 97 años.

H

056

R454mc

C.R.



*Contra
diarrea*

*tomamos, mamá,
papá y yo siempre*

TABLETAS DE

Eldoformo



Bettina de Holst Hijos

Ha recibido inmenso surtido de flores para altares.
y para adornos en los vestidos. Encajes y bordados para
manteles de altares, géneros para albas y todo lo
referente a adornos de iglesia.

Bellísimos galones de seda y de metal, para ornamentos.

Para la Primera comunión de sus niños encontrará todo lo que Ud. necesita.

DIRECTORA:

Sara Casal Vda. de Quirós

Apartado 1239

Teléfono 3707

OFICINA: mi casa de habitación
BARRIO: Estación del Atlántico
Avenida 1a. — Calles 27-29

REVISTA COSTARRICENSE

Publicación Semanal para el Hogar

Benedicida y aprobada por Su Santidad Pío XI
Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica

San José, Costa Rica, 3 de Julio 1938

Suscripción mensual

— de —

cuatro números:

₡ 1.00

Dos morales: una para los hombres que se estira hasta donde les venga en gana y otra para la mujer, bien estrecha

A propósito de una opinión pública atribuida al Inspector Judicial Lic. don Juan Rafael Vargas, en que se afirmó que el marido no incurre en adulterio, pues es delito privativo de la esposa, dictamen chocante por estar reñido con la moral y con la justicia misma, pues pareciera sentar el principio de que el hombre casado no delinque si falta a la fe conyugal, buscamos las leyes y las doctrinas del Derecho, y podemos decir que no es ésa la verdad jurídica, por dicha, para salvaguardia de la *Moral Social*.

El adulterio es delito que *cometen* la mujer casada que yace con varón que no es su marido, y el hombre que yace con ella sabiendo que es casada. Artículo 292 del Código Penal. "El Derecho Canónico hace extensivo el adulterio al hombre casado que yace con soltera o viuda, porque entiende por tal delito violación de la fe conyugal; pero nuestro Código, de acuerdo con las leyes romanas y las legislaciones modernas, excluye del adulterio el comercio carnal del marido con cualquiera otra mujer, siempre que ésta no sea casada". Pero eso no quiere decir que la inmoralidad del marido quede inmune; no. Es cuestión de nombre del delito. Como los hombres hicieron las leyes, a sus delitos de esa índole, los llaman *Deslealtad* conyugal del marido. Pero existe el castigo: "lo señala el artículo 299 del Código Penal, y llamada al delito *Amancebamiento*, puesto que *manceba* llama a la concubina del marido". Verdad es que no puede abrirse procedimiento por adulterio sino a instancia del marido—artículo 294 *ibídem*—pero la esposa

puede dirigir su acción contra su marido y la manceba—artículo 299 *ibídem*—. De modo que el hombre soltero, casado o viudo, que yace con mujer casada, incurre en Adulterio; y el hombre que tiene concubina, incurre en el delito de Amancebamiento. No hay tal libertad del hombre para delinquir. Además, aquí viene lo importante, "la mujer de conducta intachable, que, en el acto, de sorprender infraganti, matere, hiriere o maltratate a él y a su cómplice, goza de exención de responsabilidad penal, si el *Adulterio de su marido* se consume en su propia casa". Artículo 32, párrafo último del Código Penal. No está pues bien que se diga públicamente, que el marido no incurre en adulterio, así, de un modo absoluto, y suena mal que lo declare funcionario judicial.

Aun en materia civil, porque si bien es cierto que la causal de divorcio, entre otras, es el adulterio de la mujer, eso no quiere decir que no hav adulterio del marido. Estarían de más las palabras *de la mujer*: habría bastado que el Legislador hubiera usado simplemente el *Adulterio*. Lo que ocurre es que el adulterio del hombre no es causal de divorcio, porque fueron hombres los que hicieron el Código.

Lo que sí es cierto es que únicamente por querrela del marido puede abrirse proceso por el adulterio de su esposa, porque es delito privado, pues de otro modo sería permitir que un extraño se inmiscuyera en asuntos domésticos, llevando al hogar—si no el deshonor—el escándalo consiguiente.

Así, pues, tan adúltero es un marido como adúltera es una esposa, si cualquiera de ellos

faltare a la fidelidad a que los obliga el artículo 73 del Código Civil.

“El adulterio ha sido castigado con severidad en casi todos los pueblos. Los antiguos por pena la castración, creyendo hallar en esa barbarie, cierta especie de proporción entre el delito y la pena; pero después daban al hombre mil azotes y cortaban la nariz a la mujer. Los *Lidios* establecieron contra este delito la pena de muerte. Los bramas condenaban a las mujeres adúlteras a ser comidas por los perros. Los judíos apedreaban a los dos culpables. Los antiguos sajones quemaban a la mujer, y sobre sus cenizas levantaban un cadalzo en que daban garrote a su cómplice. Los romanos imitaron a los antiguos egipcios, y después recurrieron a varias penas, inclusive la capital”.

Para terminar, debemos advertir a la mujer costarricense que existen todavía muchos puntos negros en nuestras leyes que van directamente en contra de nuestros intereses y que no debemos esperar que los hombres, con espíritu de justicia los borren de nuestros Códigos. Que es a la mujer, que es la única interesada a quien incumbe trabajar para derogar esas leyes y que mientras no haya mujeres como re-

presentantes en el Congreso, esas leyes no desaparecerán.

Es muy triste el papel pasivo que hace la mujer; pareciera que poco le importara que sus intereses sufrieran menoscabo alguno. Debemos todas las mujeres costarricenses interesarnos porque se nos confiera el derecho del voto para llevar a una o varias mujeres para que defiendan sus derechos y los de sus hijos.

Contestación dada por el Inspector Judicial, al Alcalde de Nicoya señor don José Luis Pujol, a una consulta que le hace al respecto:

e) El delito de adulterio lo comete la mujer casada que yace con varón que no fuere su marido, y el varón que yaciera con ella, sabiendo que es casada. Pero mientras no se trata de contacto con una mujer casada, el hombre no comete adulterio por estar con otra mujer que no sea su esposa, salvo que lo haga con escándalo o que tenga esa otra mujer dentro de la casa conyugal. En estos dos últimos casos el delito se llama deslealtad conyugal del marido y es de acción privada, que solo corresponde a la esposa, según el párrafo final del artículo 299 del código penal, en relación con el 3º de procedimientos penales.

Sara Casal Vda. de Quirós

Reflexiones Cristianas

Es la mansedumbre cierta bondad, cierta calma, cierta moderación del alma, naturalmente inclinada a hacer todo el bien que pueda en alivio y por complacencia de su prójimo. Es una virtud inseparable de la verdadera humildad, y por lo mismo es tan rara en

el mundo. No es muy compatible con las pasiones, e manera de aquellas flores delicadas que sólo se dan en un terreno puro, limpio y cultivado, despejado de zarzas, espinas y matocrales que las ofenden y las sofocan. Es propiamente la prenda de las bellas almas, disposición natural para todas las demás virtudes, y tan esencial a lo que se llama virtud, que sin ella no la puede haber verdadera. No por cierto; no hay virtud cristiana donde no hay este espíritu de mansedumbre y de dulzura. El mismo Salvador declara por falso y por espúreo el más ardiente celo de la mayor gloria de Dios cuando no está acompañado de ella: *No sabéis de qué espíritu sois*, decía el Hijo de Dios a dos de sus amados discípulos cuando le pidieron licencia para hacer bajar fuego del cielo que redujese a cenizas los

COCINAS ELECTRICAS

THERMA

EXHIBIMOS ULTIMO MODELO

FERRETERIA

Clemente Rodríguez Hijos

Teléfono 2073

samaritanos, porque no le quisieron recibir. El más famoso y el más parecido retrato del Salvador que delineó el profeta Isaías, apenas tiene rasgo o pincelada que no se dirija a copiar su mansedumbre y dulzura, tanto que en sola esta virtud parece consistía todo su carácter.

Cuando hay falta de mansedumbre y de

dulzura, es mucho de temer que las demás virtudes que se aparentan sean sólo una máscara, una engañosa figura de virtud. Si esta es verdadera ignora absolutamente todo lo que es hiel. Aquel humor inquieto y enfadoso; aquel humor desabrido, áspero y duro de muchos que se figuran devotos, está publicando su total falta de virtud o al menos la poca que tienen.



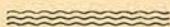
Curiosidades

Un médico de Hollywood — pero no cinematográfico — afirma que las espinacas influyen mucho sobre el carácter de quien las consume habitualmente, atribuyéndoles propiedades estimuladoras de la actividad, además de acuciar la ambición y conferir energías.

Agrega que los cangrejos del Japón

despiertan los sentimientos artísticos y refinados a quienes los comen.

En sus originales conclusiones asegura también que las papas tienen la virtud de predisponer el espíritu a la calma, al equilibrio, pero que si se las toma como base de la alimentación producen la apatía y la indiferencia.



El cristianismo, dignificador de la mujer

Con la aparición de Cristo sobre la tierra, amenejó para la mujer una nueva etapa para su actuación. Fué Cristo el que vino a imprimir en el contrato matrimonial un sello de grandeza y dignidad, ya no es el matrimonio un simple contrato que pueda deshacerse a voluntad de los contratantes, no, ya es el matrimonio además de contrato, un "Gran Sacramento" como lo llama el apóstol. Con esa exaltación que Cristo dió al matrimonio ya la mujer no es esclava del hombre sino su compañera en la magna y sagrada misión de dar nuevos hombres a la humanidad y formar en toda la acepción de la palabra a esos mismos hombres.

La Iglesia, seguidora de las enseñanzas de Jesús, ha procurado siempre y con mucho empeño, la dignificación de la mujer y ésto, no ahora, sino desde su comienzo, pues vemos ya a los apóstoles dar sabias instrucciones con respecto a la actuación de la mujer en el matrimonio; así vemos a San Mateo en su evange-

lio, pronunciándose acérrimo defensor de la indisolubilidad del matrimonio diciendo que ya no son dos, sino una carne y que lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre; adversa pues, el desprecio de que pudiera ser objeto la mujer si el matrimonio no fuera un sacramento sino un simple contrato, dependiente siempre de la volubilidad humana.

Y actualmente, bien sabemos cuál es el proceder de la Iglesia en asunto tan delicado; eco de su sentir son las severas amonestaciones que el sacerdote representante de la Iglesia, hace al esposo antes de entregarle esa mujer que con él va a compartir la carga de tan pesada cruz. "Compañera os doy y no esclava", no intenta la Iglesia darle una máquina de trabajo, ni una esclava, ni un objeto para satisfacer su sensualidad, nada de esto: la Iglesia protege a la mujer y la entrega al hombre en calidad de compañera. Los hijos, según la sabia economía de la Providencia Divina son obra de los dos en cuanto al cuerpo encargán-

dose Dios de infundir en ellos el alma inmortal en el mismo momento de la concepción; deben ser pues, los dos quienes tomen a pecho la educación y formación de esos mismos hijos.

"Amadla como Cristo ama a la Iglesia". otra severa amonestación que el sacerdote hace al esposo. El hombre, como ser más fuerte, debe proteger moral y materialmente a ese ser más débil que el cielo le ha dado por compañera y nunca por esclava.

El amor efímero del noviazgo pronto quizá pasa conforme aparezcan en el hogar las primeras dificultades o las primeras diferencias de carácter, o bien cuando la belleza de la que fué novia, desaparezca por el oficio

y trabajo de la que ya es madre; no queda pues para el hombre sino sobrenaturalizar ese amor y ver en la esposa no ya la joven bella y de encantos físicos sino a la mujer, que inspirada en el amor de Dios y en el amor a su esposo se ha impuesto las nobles y difíciles cargas de la maternidad.

Y el hombre, de conciencia recta y cristiana, debe elevarse ante todas esas cosas materiales y siguiendo las prescripciones de la Iglesia debe reconocer en su esposa, el ángel del hogar, la compañera, y en consecuencia debe amarla, como Cristo ama a la Iglesia.

Fernando Sarratea S.
Pbro.

La Espiritualidad

Gustan a los hombres las mujeres hermosas... pero prefieren la compañía de las espirituales. Allí radica la causa de un fenómeno que muchas mujeres no alcanzan a comprender. ¿Por qué tanto agasajo a esa joven feúcha mientras aquella tan linda permanece aislada? Pues, sencillamente, porque la feúcha tiene el encanto de la espiritualidad.

Las dalias pomposas, de enormes corolas y vistosos colores, son muy bellas y muy decorativas. Pero el que quiere embalsamar el ambiente que le rodea, busca la vecindad de los nardos o de los jacintos: flores de poca magnificencia visual, pero en cambio, tan perfumadas...

La espiritualidad es a la mujer lo que el perfume a la flor. Es el encanto recóndito que al esparcirse, deleita a quien lo disfruta. La belleza tiene en sí misma su objeto y su fin. Trasciende de una manera ilimitada, pues su misión es despertar el sentimiento estético. Pero si no le acompaña la espiritualidad, defrauda en cierto modo. Ocurre a ciertas mujeres bellas lo que a las flores pomposas: se les admira; se abriga la esperanza de que tendrán sin duda un aroma deleitable, y se termina por declarar con desencanto: "¡No tiene perfume!"

Habrá quien diga: "Bien, pero la espi-

ritualidad es un don natural que no todas lo pueden adquirir. Es un fruto de la inteligencia que el estudio no puede conceder." Y hasta agregarán, utilizando el conocido aforismo: "Lo que natura no da, Salamanca no presta."

¿Es razonable la observación? Veamos. ¿Qué ocurriría si esa mujer cuya belleza suscita admiración en los salones se presentara completamente al natural, con su cara lavada, pero sin maquillaje alguno, con su cabello estirado, un vestido que simplemente le "sienta", pero que no consulta la moda, y ninguna prenda de adorno? ¿Sería atrayente? No, no lo sería. ¿Podría decirse de ella que es una mujer fea? Sería injusto afirmarlo. Es bella, es naturalmente, "silvestremente" bella, como las rosas del campo. ¿Qué le falta entonces? Lo mismo que a las rosas: cultivo, trasplante, adaptación.

La belleza — esto lo saben ya casi todas las mujeres — se cultiva, se afina y estiliza. La que era naturalmente bella, sería encantadora.

Lo que queda dicho respecto de la belleza, reza también para la espiritualidad. Hay mujeres que son naturalmente graciosas, inteligentes y hasta ingeniosas, pero que no saben utilizar sus atributos naturales. Hay otras

que los utilizan de manera inconveniente por falta de discreción; otras por cortedad. Esta última, si no la antítesis, constituye una traba para la manifestación de la espiritualidad. Cohibe el espíritu sugiriéndole temores pueriles.

El miedo al "qué dirán" malogra muchas veces en la vida actuaciones que habrían sido felices. Tal lo que ocurre a quien ha estado a punto de decir una frase que considera oportuna en el curso de una conversación, pero que la reprime por temor a la interpretación que pueda dársele. Momentos después la escucha de labios de otra persona y comprueba, no sin gran contrariedad, que la ocurrencia es celebrada y festejado su autor.

El cultivo de la espiritualidad ha de comenzar entonces por la afirmación de la confianza en sí misma; por el dominio de la timidez. Ya habrán observado las tímidas,

que no siempre lo que se conversa en rueda social tiene la suficiente enjundia o gracia como para justificar la algazara que las ocurrencias provocan. Y es porque en la mayoría de las reuniones sociales no puede pretenderse conversaciones de mucho contenido filosófico, ni de sátira sutil, ni de extraordinaria comicidad. Se pretende la gracia ligera salpicada de ocurrencias más o menos chispeantes que todos, hasta los menos ingeniosos, pueden producir sin grandes esfuerzos intelectuales. ¿Verdad que muchas veces han llegado las tímidas a esta comprobación?

Es preciso, pues, comenzar por allí; por cultivar el propio carácter destruyendo paulatinamente la excesiva timidez. El resultado es magnífico, pues de inmediato se advierte que, sin mayores esfuerzos, se va manifestando paulatinamente la espiritualidad.

Elena Camper.

Los Celos

Los celos, tan naturales en el corazón del salvaje como en el del hombre civilizado, siguen todas las fases del amor, y lo mismo que éste, se modifican según el carácter de quien los experimenta. En algunos es estímulo que les impulsa a redoblar sus cuidados y su ternura para cautivar al objeto amado; en otros es pasión taciturna y feroz que, a aquellos a quienes domina, les arrebata hasta el último destello de razón; finalmente, en muchos hombres infieles, desesperados al verse abandonados por una mujer a quien amaban de corazón, ese sentimiento de los celos se reduce al amor propio humillado.

El hombre celoso, alternativamente tirano y esclavo, se deja arrebatar sin medida por la violencia o ruego, vilmente: las suposiciones más extravagantes agitan su cerebro enfermo, y por lo tanto nunca halla reposo, pues las sospechas y los temores le persiguen hasta en sueños. En sus gestos, en sus ademanes y especialmente en su mirada, hay algo siniestro que da pavor y extingue toda la simpatía que hacia él se podría experimentar por la pena que sufre. No es posible, en manera alguna, justificarse con un celoso; si un movi-

miento de compasión hace que aquella a quien ama le conceda un testimonio de afecto, a los ojos del celoso no es sino un disimulo hábilmente calculado.

Aumentanse entonces las sospechas; injuria y amenaza, o bien cediendo a un impulso de convicción y de arrepentimiento, admite las pruebas que le dan; pero muy luego recae en sus imaginarios terrores y vuelve a ser no menos injusto y furibundo que antes. Por lo general, el celoso se esfuerza para ocultar a todas las miradas de los tormentos que le agitan, avergüenzase de ellos como de una vil debilidad, y aun no es raro oírle hablar con menosprecio de quien se abandona a los celos. Pero si a sí mismo se prescribe tal reserva delante de los extraños, de ello se compensa con usura para con su víctima, especialmente si sobre ella tiene adquiridos derechos. Por lo general, acontece que los efectos de esa pasión son más terribles en las sordas y ocultas violencias de la tiranía doméstica, porque entonces se empeña la lucha entre la fuerza y la debilidad, y ésta para defenderse, no tiene más que lágrimas.

DESCURET.

Doña Eudoxia Castro vda. de Yglesias

A los noventa y siete años dejó de existir la honorable matrona doña Eudoxia Castro Vda. de Iglesias, hija del ex-Presidente de la República don José María Castro Madriz y de doña Pacífica Fernández Oreamuno, y esposa de don Demetrio Yglesias Llorente y Lafuente.

Esta honorable matrona fue madre de diez y seis hijos, todos ellos personas distinguidísimas de nuestra sociedad. Joaquín, fallecido; don Rafael, que casó con doña Manuelita Rodríguez; Ramoncita, que casó en primeras nupcias con don José María Montealegre y en segundas nupcias con William H. Lynn; Victoria, que casó con Walter Ford; Carlos, que casó con Jennie May Nothestein; Rosalía, que casó con don Gerardo Lara; Carlota, que casó con don Felipe Gallegos; Demetrio, que casó con doña Ester Bonilla; Isabel, que casó con don Santiago Fernández; Josefina, fallecida; María, que casó con don Tulio Echeverri; Luis, fallecido; Ricardo, que casó con doña Rosarito Rivera; Marta, fallecida; Cristina, que casó con Mervin Thomas; Adela, que casó con Walter Goebel. De estos hogares existe una

generación de 52 nietos y 82 biznitos.

Doña Eudoxia fue una dama de gran talento; daba gusto conversar con ella; tan simpática y tan bondadosa, y la experiencia de la vida le había dado un don de consejo que se admiraba una del acierto con que decidía cualquier problema por difícil que fuese.

Todos sus hijos la veneraban y sentían gran consuelo bajo su cuidado maternal. Con gran cariño la asistieron en su última enfermedad y la rodearon de todos los cuidados que los buenos hijos saben prodigar a una madre tan querida como doña Ochita.

Nuestra sociedad ha perdido a una gran matrona, modelo de bondades, y sus hijos tendrán que llorar amargamente la irreparable pérdida, quedándoles el consuelo de que ella velará desde el cielo por todos ellos y que sus bendiciones caerán sobre ellos como lluvia de gracias.

Nosotros enviamos a todos sus hijos y demás miembros de la familia nuestro más sentido pésame; y no olvidaremos pedir a Dios por el eterno descanso del alma de Ochita.

Doña Alfonsa de Luconi

El distinguido hogar de don Toscano Luconi y doña Hortensia Esquivel de Luconi ha sido dolorosamente herido con la irreparable muerte de su queridísima madre doña Alfonsa P. de Luconi, persona muy querida por sus virtudes.

Este hogar se sintió completamente feliz cuando hace más de un año llegaron de Italia don Silvio Luconi y su querida esposa doña Alfonsa de Luconi y hoy la más grande tristeza los aflige al ver a su querido padre sin la

compañera de su vida a quien unía un amor puro que los años hacían intensificarse cada día más. Nosotros que tenemos verdadero cariño por esta distinguida familia nos unimos para sentir tanto dolor y les enviamos nuestro más sentido pésame y también a don Daliano Luconi y demás miembros de la familia doliente.

Suplicamos enviar oraciones por el eterno descanso del alma de doña Alfonsa.

Don Alberto Jiménez Rojas

Muy sentido por todos sus amigos y familiares ha sido la muerte del apreciable caballero don Alberto Jiménez Rojas.

Para su afligida esposa doña Anita Quesada Vda. de Jiménez, hijos, hermanos, herma-

nas y demás familia enviamos nuestro más sentido pésame.

Suplicamos enviar oraciones por el eterno descanso del alma de don Alberto.

NOVELA

(Continuación)

No, no dormía; estaba bien despierta. En aquel instante, el reloj de bronce que había sobre la repisa de la chimenea dió las cuatro y cuarto, Inés se sentó sobre la cama y entreabrió las pesadas cortinas de damasco... Madame Chaumois no estaba en la cámara. Sin duda estaba cerrando las ventanas del saloncito contiguo. Inés se tiró del lecho rápidamente; descalza, y de un salto se plantó sobre la plataforma del mirador. Mientras recorría los pasadores para abrir las maderas, oyó el final de la salmodia.

—*Requiescat in pace.*

—Amén.

De un tirón, Inés abrió las maderas y apartó el pico de una cortina y con los ojos desorbitados y las piernas temblantes vió... Nunca olvidaría aquella trágica visión. Vió el puente legendario del castillo. Encima de él cuatro servidores de la casa ducal tenían en hombros un féretro cubierto por grande crucifijo de bronce y una bella corona de flores blancas. Inmenso gentío a uno y a otro lado del camino aguardaba el momento de incorporarse al acompañamiento. Todos los servidores y dependientes de todas las propiedades cercanas de los Monroy y los Navas de Robleda precedían al féretro con sendos hachones encendidos. Rompía marcha la cruz parroquial del pueblo de Monroy. La presidencia la formaban unos señores graves y desconocidos de señoril prestancia, entre los cuales divisó Inés a Jorge de Monroy y a un Obispo... La procesión fúnebre, con el numeroso clero y el acompañamiento, traspuso el puente, y entonces apareció un coche de la casa ducal tirado por seis caballos con gualdrapas y penachos de luto, materialmente cubierto de flores... Y después un automóvil, y otro, y otro...

Una exclamación de alarma resonó a su espalda en aquel momento. Inés ya no vió más. Se volvió rápidamente y advirtió a Josefina Chaumois, consternada e inmóvil por el pasmo.

—¿Qué hace usted ahí, señora? Pronto,

métase en la cama; va usted a coger un enfriamiento...

—Venga usted acá, "madame" y dígame: ¿Es cierto que aquello es un ataúd, o es que me lo hacen a mí los ojos? Pero yo no creo estar tan enferma como para ver visiones...

Y entonces, Madame Chaumois contestó lenta y tristemente:

—No ve usted visiones, señora: eso que usted ve es el entierro de la duquesa de Monroy...

Clavada en el mirador temblando ya por el frío y la impresión, Inés se volvió otra vez lentamente hacia el valle... La cruz parroquial se columbraba al final de una revuelta del intrincado camino, acompañada de monaguillos con ciriales, y la procesión seguía su laboriosa marcha en perfecto orden, con las velas amarillentas encendidas. Las salbodias funerales llegaban apenas hasta el mirador, tenues y desvaídas, confundiendo con el rumor del río y de los barrancos... El negro ataúd, cubierto por un gran crucifijo y unas flores de ofrenda, se balanceaba rítmicamente por encima de aquella ola de cabezas humanas. Inés, inmovilizada, seguía mirando el cortejo fúnebre. Madame Chaumois la apartó del mirador sin que opusiera resistencia y la metió en su cama como a una criatura.

—¿Dónde se la llevan, "madame"? — preguntó Inés cuando, arropada y caliente, pudo hilvanar algunas palabras.

—A Coria, donde los Navas de Robleda tienen su panteón. Parece que varias veces había manifestado la señora duquesa (que de Dios goce) su deseo de ser enterrada en el mismo panteón donde lo está su madre. Ella veneraba su recuerdo como un culto, quizás porque no la conoció.

Estas últimas palabras de Madame Chaumois, sugieren a Inés una pregunta, que con la emoción había olvidado:

—¿Y el niño? ¿Ha nacido el niño?

—Sí, ha nacido el niño; el abnegado sacrificio de usted no ha sido estéril: justita-

mente dió fuerzas a la madre para poner el hijo en el mundo, de modo que si la casa de Monroy tiene hoy un heredero a usted se lo debe.

—¿Es un varón?

—Un varón, sí, señora.

Hubo una pausa muy larga, cuyo significado, al menos por lo que respectaba a Inés, hubiese sido muy difícil de descifrar.

—La criatura fué entregada inmediatamente a la nodriza, bajo la inmediata vigilancia de doña Isabel. Para todos ha habido con este jaleo. Yo no me he movido del lado de usted, y la duquesa ha cumplido cerca de su nuera como una verdadera madre. Eran sobre las doce de la noche del día 27, cuando nació el pequeño. Lina durmió apaciblemente y nada presagiaba la catástrofe, cuando hacia las nueve de la mañana del 28, estando todos desayunando en el comedor grande, sentimos tocar desafortadamente dos o tres timbres y vimos entrar a Odette demudada y casi sin habla:

—¡Pronto!... Los doctores... La enfermera me envía... La señora duquesa...”

“Los médicos se lanzaron hacia las habitaciones de la enferma. A pesar de sus años, el doctor Espina, y de su reuma, el doctor Céspedes, corrían como gamos por las galerías. Quisiera que los hubiese usted visto. Cuando entraron en el aposento de la enferma, estaba haciendo aspirar a Lina un poco de éter. El doctor Espina, sin pulsarla siquiera, empezó a cargar una jeringuilla con una ampolla de aceite alcanforado. Lina, amarilla, mejor dicho cenicienta, con los ojos vidriados y cubierta de un sudor frío, parecía muerta. El doctor Céspedes se fué derecho a la cama y la pulsó... Al momento, casi dejó caer la mano de Lina, pero con un gesto de contrariedad y de importancia y de profundísimo respeto al mismo tiempo... Dijérase que trataba aquella pobre mano con la reverencia con que se mira una cosa que ya no es de este mundo.

En esto, el doctor Espina iba ya con su jeringuilla apresuradamente... El doctor Céspedes le detuvo con un ademán.

—“Ya no hace falta, esto se acabó...”

Aún quiso probarlo todo el doctor Espina y le aplicó la inyección, pero todo fué

inútil. La duquesa de Monroy estaba muerta.

Madame Chaumoís, rememorando la doliente escena, calló emocionada. Inés no lloraba, pero sentía el corazón desgarrado.

—Así ha muerto Lina, sin agonía, sin dolor, sin visiones de ultratumba, ni terrores, ni zozobras... como un pájaro que se duerme dulcemente en su nido.

—¡Oh!; pero no me diga usted, “madame”, que es muy triste pensar que en su última mirada, cuando haya tenido la súbita percepción de la muerte, que ya la envolvía en sus garras, no ha visto una sola cara amiga junto a su lecho. ¡Qué amargo destino! Ha vivido sola, sin amor y sin caricias... y ha muerto, igual sin sentir que al dejar este mundo unos labios piadosos cerraban con cariño sus párpados con un beso... sin oír, como una despedida, el llanto de los que la amaban...

—No le han faltado ni besos, ni lágrimas, ni oraciones. El dolor de la duquesa ha sido muy sincero, y Jorge ha cumplido y está cumpliendo concienzudamente su deber de marido hasta última hora.

—¡Pero ella no lo sabe, ella no lo ha visto, y ha salido de este mundo sin llevarse el consuelo de un postrer abrazo! — se lamentó dolorida Inés.

—Tenga usted en cuenta que su visión de la muerte (si es que la tuvo) ha debido ser muy rápida, porque, según los doctores, la muerte aconteció instantáneamente.

—¿Un colapso?

—Sí, un colapso. Casi siempre la muerte característica de los tuberculosos.

—¿La habrán embalsamado?

—Claro; ha estado expuesta en la capilla ardiente hasta esta tarde y el menor tiempo posible. Al entierro han venido muchísimas personalidades. Ha sido una imponente manifestación de duelo, muy de estimar si se tienen en cuenta la situación de esta casa, los días que son (ya ve usted, justamente Navidades) y el tiempo tan frío que está haciendo.

—¿Quién la acompaña a Coria?

—El Duque, don Blas y el conde de Sorans. Allá se harán solemnes funerales, además de los que ya se le han hecho aquí, y se procederá a su enterramiento en el panteón

de familia.

—Y el niño, ¿lo han bautizado?

—Como su vida no ofrecía mayores garantías, don Blas le bautizó en seguida. La duquesa le apadrinó en representación de usted, y el duque representó al conde de Sorans, que llegó al día siguiente con el tutor de Lina.

—¿Qué nombre le han puesto?

—Su padre mandó que se le pusiese Luis. Y Luis se llama.

Una viva emoción se pintó en las facciones de Inés y volviéndose suplicante hacia Madame Chaumoís, rogó:

—Quiero verlo; tráigamelo usted.

Aquella no respondió, pero se levantó, saliendo con presteza de la cámara. El tiempo que tardó en oírse el chirrido de la vieja puerta a cuarterones de la antecámara, le pareció a Inés un siglo; tal era la comezón que sentía por ver a la criaturita.

Al fin sonaron unos pasos amortiguados por las alfombras y entraron Madame Chaumoís y la duquesa. Ni una palabra alusiva a la tragedia se cruzó entre suegra y nuera. La duquesa tenía el rostro marchito, ajado, por las vigiliás y el pesar, y los ojos enrojecidos por las postreras lágrimas. Un sencillo traje de luto hacía más austera y prestante, si cabe, su prócer figura. Se acercó a la cama, y debajo del esponjoso chal blanco que le cubría, sacó envuelto en ricos pañales al heredero de los Monroy, marqués de Navas de Robleda. Una mirada de desolación y de pena clavada en Inés por Flora, dió a la nuera la medida de la humillación que experimentaba aquella madre de varones fuertes, acabados tipos de belleza, de masculinidad y de vigor, al presentar aquella desmedrada y enteca criatura que parecía encogerse y abatirse bajo el peso de las grandezas de su raza, demasiado grande para su exigua personalidad.

Inés sintió una piedad inmensa por el pobre niño, que venía al mundo con un estigma de miseria física; recordó la ilusión con que Lina le aguardaba y el cariñoso anhelo con que hubiera espiado, solícita, los menores movimientos de aquella tierna vida que empezaba, sintió su sangre, su propia sangre palpitando en el endeble cuerpecillo, y con un nuevo impulso de maternidad y de protección,

tendió sus brazos para recibir al angelito... Le apretó sobre su corazón, besó la linda carita marfileña y no dijo nada, porque en los momentos grandes todo se ha dicho desde siempre con el mayor silencio.

CAPITULO IV

DIARIO DE INES FONSA GREDA

Monroy, 1 de enero.

¡Año Nuevo!... No sé si reciberte con alegría o con temor; tan escarmentada ando de las jugarretas del destino.

De todos modos, no es cristiano desconfiar de la providencia de nuestro buen Padre que está en los cielos, y así me he forrado de confianza y he puesto una vez más en sus manos misericordiosas mi vida y mi porvenir.

Los días en el castillo de Monroy son tristes e interminables. Cuando la muerte pasa deja un sello amargo en los corazones y así, en esta prócer mansión, vaga como una sombra pavorosa, que pone espanto y pesadumbre en nosotros todos. Yo hago ya vida común con Flora, que no sabe de qué cuidados rodearme ni cómo demostrarme su gratitud. La pena latente y callada de esta pobre mujer me parte el alma. No puede olvidar que ha sacrificado en balde a su hijo; en balde, sí; porque bien claro ve que el niño es un ser débil que no podrá salir a flote de los mil peligros que cercan la infancia en los que tantos niños sanos y robustos sucumben. Y aunque de morir el hijo, es el padre quien heredará la inmensa fortuna de los Navas de Robleda, por voluntad de la difunta Lina, el título, mejor dicho, los títulos y grandezas de esta noble casa serán forzosamente heredados por el pariente varón más próximo; y de estas grandezas fué precisamente codiciosa Flora, que no del vil metal que a la casa de Monroy le sobra, y cuya sola mención arranca a esta hidalga duquesa una sonrisa de desdén.

Por eso siente caer sobre ella la mano de Dios y juzga su fracaso como castigo a su ambición; porque precisamente la Providencia ha ordenado los acontecimientos de forma que

(pese a todos sus esfuerzos) las grandezas de los Navas de Robleda se separen, al morir el niño, de las no menos grandes de la casa de Monroy.

La vida de mi suegra está concentrada ahora en esta enclenque criaturita, aunque por una contradicción que no me explico, huye cuanto puede de tenerla cerca, si bien se desvive por ella y pasan por su mano los detalles de la pequeña existencia. Con decir que hasta revisa la ropita cuando sale del cuarto de plancha, sin fiar de la acreditada competencia de doña Isabel, que es un Argos en eso de vigilar, y que gradúa ella misma por su propia mano el agua para el baño del bebé, está dicho todo. El otro día, como le manifestase yo mi extrañeza por esta conducta, me dijo a guisa de explicación:

—Es que sé que ha de morir... y no quiero tomarle demasiado cariño.

Otro día, mirando como le envolvía el ama, se volvió a mí y me dijo pensativa:

—¡Qué diferencia de este nene a tu Luisito, Inés!... Tan robusto, tan alegre y tan desarrollado...

Yo hubiese podido contestarle muchas cosas, pero la veo tan vencida y humillada que me parecía villano aprovecharme de la situación. Porque aquellos tiempos de hostilidad y de incompreensión, ya pasaron, y ahora soy, realmente, la hija de la duquesa Flora.

El pequeñín es más mío que de nadie. El ama duerme en una habitación contigua a la mía, cuya puerta se deja por la noche de par en par. De acuerdo con los médicos, se le sacó en seguida de las habitaciones de la madre, que, aunque han sufrido una absoluta desinfección, se mantienen condenadas. En mis brazos pasa el angelito la mayor parte del día; Flora sonrío y dice que tengo perfecto derecho a monopolizarlo, que para eso lleva la sangre que generosamente le di a su pobre madre.

Jorge y don Blas no han regresado aún de Coria. Según escribe el capellán, el duque no vendrá hasta que deje en orden los asuntos de la herencia y la sucesión, y por lo que respecta a don Blas, quiere demasiado a Jorge para dejarle solo en estos primeros días de

su duelo. Hoy ha subido el señor cura de Monroy a decirnos la misa, y Flora le ha rogado nos acompañe a almorzar. Estamos tan impresionados aún por los sucesos recientes, que agradecemos enormemente toda compañía que nos sirva de distracción. Y el joven párroco de Monroy es tan simpático y alegre, y tiene una conversación tan amena...

Monroy, 6 de enero.

Otra vez está todo nevado... Los Reyes Magos han venido con la barba blanca; por lo demás es cosa que suele suceder con harta frecuencia.

Hay una costumbre tradicional en Monroy que nunca se ha interrumpido desde tiempos inmemoriales, aunque las desgracias de familia aflijan a los señores de Monroy, o aunque éstos se encuentren fuera del castillo en la memorable noche del 5 al 6 de enero. Y este año Flora, que respeta las tradiciones hasta la veneración, no ha querido cortar la cadena, no obstante tener el alma llena de congojas.

Así, mis ojos han presenciado el más deslumbrador espectáculo que se puede soñar: una película en colores de cuento de hadas.

Había cesado de nevar a media tarde y aún el cielo al despejarse de nubes nos envió unos consoladores rayitos de sol. Vino la noche..., una magnífica noche cuajada de estrellas. Había refulgencia nueva y fantástica arrancada por la luz sideral a las cumbres y al campo alfombrados de nieve. El río cantaba su estribillo grave, el barranco decía sus murmurios a los pies del castillo, y todo era quietud y silencio en la noche callada y serena.

Luisito se había dormido tranquilamente en mis brazos, y yo le mantenía en ellos arropado en su capita de lana del Pirineo, mientras desde la saliente repisa del mirador de la Princesa me hacía a mí misma consideraciones sugestivas acerca de la noche de Reves. Pensaba en el éxodo fantástico de los Magos a través de todos los países de la tierra en busca de niños crédulos e inocentes a quienes ofrecer sus obsequios; rememoraba los bellos sueños de infancia que rondaron mi cuna en la casa paterna, y evocaba la suntuosa

(Continuará)

La atracción del hogar

Es evidente que se inicia en el hombre una mayor devoción por todo lo que forma y constituye su hogar. Hace unos años, fuera de las horas del almuerzo y la cena, difícilmente se encontraba a un caballero en su domicilio, aunque la distribución de su trabajo le permitiera permanecer en su casa mayor tiempo que el de las comidas.

Hoy, sin que pueda decirse que el mal hábito se corrigió por completo, el hombre empieza a acostumbrarse a pisar su hogar "entre horas", cosa que antes hacía falta que ocurriera un cataclismo para que así sucediera.

No creemos que haya necesidad de decir que este loable cambio, operado en las costumbres masculinas, no odebece a un libre y espontáneo impulso del varón, sino que es obra de un sutil y perseverante trabajo por parte de la mujer.

Las damas han llegado, felizmente, al convencimiento de que de su habilidad y arte depende en mucho, por no decir en todo, la conducta que el hombre haya de observar cerca de ellas, y ver cómo abandonan la queja y el desaliento, inútiles y enfadosos en absoluto, para aprestarse a poner en juego otras armas más eficientes y seguras.

El primer acierto de nuestras casaditas de hoy, en punto a lo que venimos comentando, es haber convertido el hogar en algo grato y acogedor. No se puede pretender que nuestro esposo se sienta atraído por un lugar cuando no procuramos, por nuestra parte, hacerlo agradable, cómodo y vistoso. Y no se diga que, muchas veces, la voluntad no basta para lograr este fin. Ese es el sofisma inadmisibles tras el que se escudan las apáticas e indolentes para no poner en práctica lo que su instinto de mujer le aconseja. Hay un refrán que dice que "más hace el que quiere que el que puede", y ninguna verdad más aplicable a este caso que ésta.

Una mujer, cuando se propone hacer de su casa un nidito íntimo y confortable, con cuatro chucherías, dos muebles bien dispuestos y una voluntad vigilante y sin fallas, consigue, sobradamente, su propósito, sin necesidad de gastos ni dispendios de ninguna clase.

En cambio la que, aun disponiendo de todo el oro del mundo, no se preocupa del orden, de la gracia, de la pulcritud ni del arte de la comodidad, su casa ofrecerá siempre un aspecto detestable, por muchas riquezas y lujos que en ella es acumulen.

Logrado este primero y fundamental designio del hogar amable, cumple a la mujer tender en él lazos sutiles de sugestión para que el marido se sienta envuelto en ellos sin darse cuenta.

Días atrás conversábamos nosotros con una amiga, espíritu avisado, si los hay, sobre estas cuestiones del alejamiento del esposo del hogar, y en la confianza de nuestra amistad nos descubría los graciosos arbitrios que había puesto en práctica para hacer que él viniese todas las tardes a tomar el té en su compañía, arrancándolo del club o el café, lugares que parecían atraerlo en demasía.

Un día fueron unos pastelillos de hojaldre, hechos por ella misma, los que tuvieron la virtud de atraer al esposo. Otra tarde, so pretexto de unas compras, quedaron de acuerdo en verse, después del trabajo de él, y cáta-te otra merienda en común. Un tercer día fué una invitación a unos amigos la que reclamó la presencia del marido en su casa... Y cuando quiso recordar, resultaba que, en el transcurso de un mes, había pasado más tardes al lado de su compañera que entre sus amigos o solo.

—Cerca de cincuenta pesos — me decía mi amiga — evito que salgan de su bolsillo, mensualmente, con el simple hecho de hacerle merendar en casa. Mas no es sólo el aspecto económico el que me interesa en esta cuestión. Más que esto me importa el habituarlo a estar en mi compañía, el aficionarlo a la casa, el hacer que el hogar no sea para mi esposo lugar en que se está el tiempo indispensable, sino sitio amable de trabajo o de plácido descanso, cuando ha dado fin a su trabajo.

La fina gracia doméstica de quien así me hablaba quisiera yo para no pocas mujeres, que se irritan y desesperan viendo a su marido lejos del hogar, sin advertir que está en sus manos poner término a este alejamiento. (De 'Para Tí').

Mabel Groba.

Problemas de Salud

Dr. Jas W. Barton, Toronto, Canada.

Método sencillo pero científico de perder peso

Como nuestras compañías de seguros advierten a las personas gordas el peligro de estar en esta condición a los treinta años de edad en adelante, porque se les corta la vida, son más propensas a las enfermedades y arriesgarían la vida si fuere necesario hacerles una operación quirúrgica, es natural que se decidan a enflaquecerse. A ellas se une gran número de mujeres y hombres de mediana edad que no quieren engordar demasiado a fin de retener una figura juvenil.

Por desgracia — aun cuando la mayoría de personas se han puesto excesivamente gordas a consecuencia de la inmoderación en el comer o falta de ejercicio, o ambas cosas, buscan medios más efectivos y rápidos de adelgazar que resultan ineficaces y muchas veces peligrosos. El extracto tiroideo y la droga dinitrofenol tomados sin consultar a un doctor han causado el bocio oftálmico que es la variedad maligna, catarata, y aun la muerte misma.

Casi todas las personas gordas quieren ser delgadas, pero al mismo tiempo se niegan a reconocer la verdadera causa de su mal que es, con raras excepciones, simplemente comer más de lo que el cuerpo requiere para sus funciones y para su trabajo diario.

Naturalmente una persona gorda no cree

que está comiendo demasiado cuando come aun menos que una de peso normal, pero es que no se da cuenta de que tiene un cuerpo económico que no requiere una cantidad de comida, proporcional al trabajo que hace, como requiere el cuerpo de una persona de peso corriente, y por tanto, como el cuerpo de ellas recibe más de lo que necesita, el exceso se acumula en forma de grasa. El cuerpo delgado o de peso normal no tiene esa comida extra para almacenar y por tanto no se le acumula y convierte en grasa.

El modo propio o científico de perder peso es simplemente seguir comiendo en porciones corrientes los alimentos proteicos (carne, pescado, cereales) y en porciones reducidas los harinosos (pan, azúcar, papas) y abstenerse de comer los grasos (mantequilla, natilla, yema de huevo, carnes grasosas), como quiera que el exceso de grasa se gasta en la ejecución de los procesos corporales.

Otro punto importante es reducir la cantidad de líquido que se toma o sea agua, té, café, leche refrescos y licores, por cuanto las tejidos grasos absorben más agua que los más activos. Es decir, el cuerpo de la persona extremadamente gorda ya está casi anegado en agua.

Pictorial Review

El patrón más exacto

El más elegante

Lo encuentra Ud. en la

TIENDA DE DON NARCISO

Se Vende de Ocasión

Un bonito aparador de comedor,
con espejo grande biselado y
vitrina.

En esta oficina informaremos.

— TELEFONO 3707 —

Para las Madres

Los niños agradecen que la madre delegue en ellos ciertas funciones, que les encarguen tareas sencillas. Ven así realizada su personalidad en plena formación y poco a poco, salvo excepciones, se vuelven dóciles, serviciales, eficaces colaboradores en las múltiples tareas que pesan sobre la dueña de casa, máxime en donde son varios los hermanos. Y aun en los casos en que sea menester requerirles su colaboración, debe la madre igualmente solicitarla para enseñarles a valorar el tiempo, a estimar el trabajo y a que con él se encariñen. Teniendo en cuenta que toda criatura es arcilla maleable, compete a la madre realizar esa paciente labor de modelado.

Encontrándose próximo el invierno, conviene que las madres recuerden que esa estación es la más indicada para dar a sus hijos aceite de hígado de bacalao en el caso de ser debiluchos o mostrarse reacios a tomar la alimentación que su desarrollo exige. Este aceite es indiscutiblemente, uno de los mejores tónicos para la infancia.

Es fundamental para la salud de las criaturas enseñarlas a masticar bien y la mejor forma de conseguirlo es darles la comida en pequeñas raciones, dejándoles todo el tiempo que necesiten para ingerirla.

Una vez que se hayan habituado a comer bien de pequeñas, difícilmente lo olvidarán y cuando mayores lo agradecerán vivamente.

Muchos padres suelen creer que el niño llora o está inquieto por gusto, y en el colmo del desconocimiento de las causas de ese llanto,

no vacilan en reprenderlo y hasta castigarlo.

Y en bastantes ocasiones resulta que lo que se creía "majadería" o caprichosa tozudez era simple y deplorablemente el comienzo de una enfermedad.

Un desayuno muy nutritivo y digestivo para los niños, consiste en tomar una taza de copos de avena y un cuarto de litro de leche o nata fresca, haciendo cocer lo primero en dos tazas de agua por espacio de diez minutos. Cuando esté seca la avena se pone en un plato, vertiendo encima la leche y el azúcar que se considere suficiente.

No conviene que falten nunca los huevos en la alimentación de las criaturas, por cuanto su albúmina es indispensable para el desarrollo, pero la cantidad debe ser moderada. Todo niño puede tomar un huevo por día sin riesgo, pero antes de la dentición no debe probarlos en absoluto.

No hay que mecer al niño hasta atontarle con objeto de que concilie el sueño. Por otra parte es costumbre reprobable en puericultura, lo mismo que el canturrearle.

En ocasiones se suele confundir la instrucción con la educación de la criatura. Así hay quienes piensan que la escuela debe hacerlo todo. Pero la escuela se concreta a inculcar conocimientos, a ilustrar, a preparar para la vida, orientar, etc. La misión de los padres en el hogar es educar al niño, crearle hábitos de bondad, de cariño, formar sus buenos sentimientos, hacerlo respetuoso y disciplinado, usando siempre la persuasión y no la violencia.

El Exito

Ha tenido éxito en el mundo: aquel que ha vivido dignamente, que ha reído a menudo y que ha amado mucho; que se ha ganado el respeto de los hombres inteligentes, así como el amor de los niños; que ha llenado su misión y concluido su obra, y que ha dejado al mundo mejor de lo que lo ha encontrado, así haya sido por medio de una planta me-

jurada, de un poema o de un alma salvada de la ruina; aquel a quien nunca faltó el sentido de la belleza de la tierra y que ha sabido buscado sin cesar lo que había de mejor entre dar una entonación a su alma; aquel que ha los demás y que ha dado lo que tenía de mejor; aquel cuya vida ha sido una inspiración y cuya memoria es una bendición.

Distinción y Miseria

De vez en vez, pasáis por la calle, estáis en la terraza de un café, y se os acerca una señora anciana con ropas miserables, pero raramente sucias, para ofreceros cualquier pequeña mercancía con voz débil y temblorosa.

Nuestro egoísmo de seres felices — con esa relativa felicidad que cabe esperar en el mundo — apenas si pára mientes en esa figura, a la que no compramos nada por lo general, despidiéndola con un gesto conmisericordioso e indiferente tal que si se tratara de una verdadera mendiga.

Sin embargo, si alguna vez fuísteis más humanos y dedicásteis a la vieja dama un poco de atención, de fijo que os conmovería toda la mansa tribulación y miseria que late en esas personas venidas a menos, pero aún, caídas en la pura indigencia, que si no os tienden la mano en solicitud de una limosna es porque su orgullo les hizo discurrir este otro arbitrio del pequeño comercio callejero, tras el que esconden un poco la miseria absoluta de su vida.

Si siempre es digno de lástima y merece nuestra ayuda material y moral el ser en el que la desgracia se cebó obstinada y cruel, todavía crece el sentimiento de nuestra conmiseración, si el ser desgraciado es una dama, que conociera la fortuna en otros tiempos de su vida.

Me diréis que la infelicidad y el dolor no reconocen sexos ni clases. Muy cierto, pero es indudable que una se siente más atribulada ante esta distinción marchita de la dama de calidad, que pasea su miseria por la calle, que ante la brava hija del pueblo, más hecha al rudo batir del infortunio, aunque, en trance de socorrer, nuestra limosna o ayuda se divide en partes iguales, entre una y otra mano.

Siempre me acuerdo, cuando cruza junto a mí una de esas infelices de velito y pardo manto, de aquella película, titulada "Dama por un día", en que una señora empobrecida vendía manzanas por las calles de Londres, para con la utilidad de su venta, mantener en un colegio interna a una hija suya, que ignoraba el modo de vivir que tenía la madre. Nació había de deshonoroso en la venta de las manza-

nas, ciertamente. Pero aquella desdichada señora, caída inopinadamente en la miseria, tiene la pueril ilusión de que su hija no conozca sus desgracias ni los rudos trabajos a que ha de entregarse por fuerza. ¡Recordar el exquisito y conmovedor cuidado que pone la anciana en mantener la triste comedia! Pero un día, la hija va a llegar a Londres y la angustia de la pobre señora no tiene límites. ¿Cómo aparecer ante los ojos de la pequeña en la situación y rango que ella la supone? Acaecen mil peripecias y por fin, la vieja se las arregla de modo de poder aparecer, siquiera por un día, con el boato y lujo en que la chiquilla cree que vive. Luego, las cosas toman nuevos rumbos, que no afectan a la esencia de la fábula, que es la que acabo de deciros.

Yo no diré que en cada una de estas mendigas disimuladas que os ofrecen unos ramos de jazmines o un manoio de rosas, esté el personaje inolvidable de "Dama por un día". Pero pensad, para ayudar en lo posible, a estas desdichadas, que muy grande debe de ser su infortunio cuando venciendo todos los prejuicios y escrúpulos de su dignidad de señoras; olvidando su pasado esplendor y lo que a su nombre deben, no titubearon en pisar el arroyo con una cesta al brazo, haciendo granjería de lo que antes era lujo y fruslería en su casa.

No pasemos con indiferencia cruel al lado de estas vidas rotas y demos a la inversión de unos centavos la superior virtud y eficacia de poner una chispa de consuelo en la llaga viva de estas criaturas, bellas y acaso poderosas ayer, y hoy con la ceniza de la miseria en los labios.

Mabel Greba.

El abuelo de Bárbara Hutton fundador de los almacenes Woolworth que venden solamente artículos de cinco y diez centavos de dólar, fué un hombre tan pobre que en su mocedad andaba descalzo. Hoy la nieta es feliz poseedora de unos 45 millones de dólares.

Bárbara Hutton, ex princesa de Mdívani, está casada en la actualidad con el conde Reventlow, de origen danés

No a todas conviene

Viejo tema este de la moda femenina para discurrir a nuestras anchas. Se ha hecho todo un género literario en torno a la moda. Desde el simple comentario fugaz e intransigente hasta la grave disquisición filosófica de una Rachilde en inolvidable ensayo, inserto en el "Mercurio". Sin embargo, el tema sigue y seguirá inagotado, porque es como un jugoso fluir de sugerencias, tanto más vano y rico cuanto más parece que llegamos a sus últimos fines.

La mujer presta al eterno cambiar de la moda la más vigilante de sus atenciones. Su orgullo estriba en que no se le escape ni una sola de sus facetas, presentir sus transmuciones antes de que tomen forma y color en las páginas de los grandes magazines y en la fulgurante plasticidad de los modelos. Y apenas la moda es captada por nuestras elegantes, cuando ya quieren que sus atavíos se ciñan en absoluto a la flamante modalidad, sin cuidarse de ver si a su figura y peculiaridades físicas va bien o no la línea de la nueva creación, y por consiguiente, si la favorece o desluce sus gracias.

Este es el gran problema que debe resolver toda dama antes de lanzarse a la aceptación incondicional de la moda por el simple hecho de serlo. ¿Manera de llegar a resultados estimables en esta resolución? En primer lugar, es indispensable que la propia interesada examine su cuerpo con el mismo rigor implacable que lo haría la peor de sus enemigas. Y realizado este examen, su propio gusto de mujer le dictará lo que debe aprovechar de la moda: si todo, parte o nada. No olvidemos que la moda son variaciones caprichosas de la indumentaria, que por el hecho de ser caprichosas no se ciñeron en el momento de imaginarlas a ningún tipo determinado. Lo que quiere decir que a unos les podrá caer a las mil maravillas y a otros los convertirá en verdaderos adefesios. Si no estuviéramos seguras de nuestro propio juicio, el consejo de un experto profesional del vestido podría completar nuestra opinión.

Es menester que nos hagamos a la idea de que cada "edad" en la mujer — y hay tantas

como cambios visibles se operan en nuestra naturaleza — exige por modo, imperioso — matices y formas nada fáciles de elegir. Prescindir de esta delicadísima gama de cosas es caer en el descuido, en lo impropio, en lo que afea y en algo más terrible que todo esto: en lo que ridiculiza. Una mujer de "cierta" edad y con un exceso de peso sobre el que su talla exigiría, conforme a los cánones de la proporción, está obligada a cuidar con el más exquisito detenimiento el color de sus telas y la forma de sus vestidos. En modo alguno un disculpable anhelo de juventud puede llevarla a adoptar modelos impropios porque haya visto que embellecen a maravilla a la señorita A o a la señora B. ¿Qué diferencias esenciales existen entre ella y las agraciadas por la moda? Esto es lo que cada mujer se debe preguntar, siempre que una vistosa toaleta, lucida por una amiga, la incite y como la engolosine a comprarse otra idéntica. Y de la sinceridad que ponga en la respuesta que dé a esta pregunta dependerá en gran parte el acierto de sus decisiones, en materia de indumentaria.

Es ya un axioma, en el mundo de la elegancia, el que no a todas, ni mucho menos, conviene y hermocean ciertas modas. Está bien correr un poco a tono con el figurín. De otra suerte nuestros vestidos chocarían lamentablemente con el espectáculo de la multitud que deambula y luce. Pero de eso a adoptar porque si todo lo que salga de la fantasía de los creadores de coruscantes arreos media un abismo que de ninguna manera debemos ni podemos salvar. Rigor, mucho rigor para juzgar nos, que es el modo de hacer de nosotros una fina obra de belleza.

Y conste que, como mujer, soy una enamorada de la moda — ¿a quién no le encanta estar bonita? — Pero precisamente por eso: porque la moda debe servir para hermoearnos y no para convertirnos en mamarrachos, detesto a las mujeres que adoptan la primera moda que se les presenta sin pensar si las favorece.

(De "Para Tí").

Rosalía Reyes

Recetas para Cocina

Guisado a la moda de Guayana.—Una libra de posta suave se lava y se parte en pedazos y se fríe en una cucharada de manteca junto con una cebolla picada y un chile dulce cortado en tiritas; entonces se le agrega 1 libra de zanahorias peladas, pimienta y comino y caldo o agua hirviendo hasta tapar la carne; se deja hervir hasta que la carne está suave; entonces se le agrega media libra de vainicas bien tiernas y cortadas en tiritas, y media libra de arvejas que se han cocinado anticipadamente en agua con sal, dos cucharadas de arroz lavado, seis papas peladas y cortadas en 8 pedazos; una cucharada de vinagre, una cucharadita de azúcar, una cucharada de mantequilla, una de perejil finamente picado, dos manzanas peladas y partidas en pedacitos; se le agrega otro cucharón de caldo, se prueba para saber si está bueno de sal y al gusto de uno, se tapa y se mete al horno, cocinándolo muy despacio hasta que todo esté bien cocinado. Se sirve bien caliente.

Gelatina de frutas.—Se ponen a remojar en agua fría diez hojas de gelatina marca Oro, 8 blancas y 2 coloradas; cuando están suaves se escurren muy bien y se les agrega un litro de agua hirviendo y sirope de frambuesa al gusto; en un molde bonito se echa la tercera parte de esta gelatina y el resto se deja en la cacerola colocada sobre agua tibia para que no se corte. En el molde se colocan frutas conservadas o mejor ensalada de frutas o uvas frescas y fresas; se coloca el molde en el hielo y cuando está cortado se coloca otra tercera parte de gelatina y más frutas y se vuelve a meter en hielo para que se corte y por último cuando está cortada se echa el resto de la gelatina y las demás frutas. Cuando esta gelatina está cortada se mete un segundo en agua caliente para que salga con facilidad del molde. Se saca ligero en un platón y se adorna con frutas conservadas; también se le puede poner alrededor crema de leche batida pero sin cortarse y las frutas como adorno.

Belleza Suprema

Cuando la emoción es extrema, exaltada, infinita; cuando la imaginación del hombre se extiende y vibra en él hasta el entusiasmo; cuando la imagen de lo bello en la naturaleza o en el pensamiento le fascina; cuando el amor, la más melodiosa de nuestras pasiones y la más soñadora, le obliga a inspirar, pintar, invocar, adorar, echar de menos y llorar lo que ama; cuando la piedad lo eleva en sus sentimientos y le hace entrever en la lontananza de los cielos la belleza suprema, el amor infinito, el origen y fin de su alma — ¡Dios! — y cuando la contemplación extática del Ser de los seres le hace olvidar el mundo del tiempo por el mundo de la eternidad; en fin, cuando en sus horas de descanso aquí abajo se desliga con las alas de su imaginación del mundo real para perderse en el mundo ideal, como el buque que entrega al viento su velamen y que se separa insensiblemente desde la playa al inmenso Océano; cuando se goza en la infame y peligrosa voluptuosidad de soñar con

los ojos abiertos, entonces las impresiones del instrumento humano son tan fuertes, tan profundas, tan piadosas, tan infinitas en vibraciones, tan meditabundas, tan superiores a sus impresiones ordinarias, que el hombre busca naturalmente para expresarlas un lenguaje más metafórico, más levantado, más músico que su lenguaje habitual, e inventa el verso, ese canto del alma; como la música inventa la melodía, ese canto del oído; como la pintura inventa el color, que es el canto de los ojos; como la escultura inventa los cortornos, que es el canto de las formas, porque cada arte canta para cada uno de nuestros sentidos cuando el entusiasmo, que es la emoción en su más alto grado, se apodera del artista. Sólo la poesía, que es el arte de las artes, canta para el alma al par que para todos los sentidos; pero sobre todo para el alma, que es el centro divino e inmortal de ellos.

A. de Lamartine.

Dr. Ernesto Bolaños Araya

MEDICO CIRUJANO

Especialista en las enfermedades de la Nariz, Garganta y Oídos

Despacha en la clínica que era del Dr Figueres, contiguo al despacho del Dr. Corvetti, de 10 a 12 a. m. Teléfono 2400

Dr. EDWIN FISCHEL R.

D. M. D.

Cirujano Dentista de la Universidad de Harvard

Ofrece sus servicios profesionales en la Nueva Clínica Dental del Dr. Max. Fischel. 50 varas al Oeste de la Iglesia del Carmen

Teléfono 3105

CLINICA DENTAL

Dr. PERCY FISCHEL, Dentista Americano

DE LA UNIVERSIDAD DE HARVARD

Ofrece al público métodos modernos en sus servicios profesionales

Rayos X

Teléfono 3105 - 50 varas al Oeste del Carmen

Consultorio Optico

“Rivera”

EXAMENES CIENTIFICOS DE LA VISTA
LENTES Y ANTEOJOS DE TODOS
PRECIOS

Frente al Gran Hotel Costa Rica

Dr. G. Quirós Quirós

MEDICO OSTEOPATA

(De la Universidad de Karsville, Missouri)

SU OFICINA CONTIGUO AL TEATRO
VARIEDADES, LADO NORTE

Horas de consulta: DE 10 a 12 DE LA MAÑANA
DE 2 a 5 DE LA TARDE

TELEFONOS

OFICINA 2716 :: HABITACION 2787

EN LA
TIENDA DE

CHEPE ESQUIVEL

encontrará usted las mejores clases de

CAPAS de HULE
PRECIOS SIN COMPETENCIA

GMO. NIEHAUS & CO.

DEPOSITO PERMANENTE DE

AZUCAR de GRECIA, Hacienda “VICTORIA”
” de Santa Ana, Hacienda “LINDORA”
” de Santa Ana, Hacienda “ARAGON”
ARROZ de Santa Ana, el mejor elaborado.
ALMIDON, marca “Rosales”, Hacienda “PORO”.

Calidades insuperables

Precios sin competencia

AL POR MAYOR - AL POR MENOR

Apartado 493 - Teléfono 2131

A solas con nosotros mismos

Busca tiempo para estar contigo. — *Kempis*.

“Busca tiempo para estar contigo”. ¡Qué maravilloso, qué profundo y sabio pensamiento en tan pocas palabras, y qué necesario sería realmente compenetrarnos de él y preocuparnos de estar con nosotros mismos, de estudiar nuestro interior, de mirar hasta el fondo de nuestra alma, para descubrir en ella nuestras debilidades, o nuestras faltas!

Solamente un examen de conciencia hecho así, a solas, con toda escrupulosidad, puede decirnos si nuestro espíritu está sereno, si permanece puro, ecuánime, magnánimo, comprensivo, o si por el contrario lo perturban pasiones mezquinas, anhelos bajos, envidias o celos.

“Busca tiempo para estar contigo”; si fuera esta una máxima seguida más a menudo, cuántos remordimientos tardíos nos evitaríamos, cuántos pesares irremediables, cuántas vergüenzas, cuántos dolores! Pero, ¡ay!, la vida nos arrastra en su torbellino. Encontramos tiempo para murmurar, para quejarnos, para divertirnos, pero no para estudiarlos ni para conocer nuestros sentimientos, ni para aquilatar nuestros valores, ni para evitar nuestras faltas.

“Principio de enmienda es el conocimien-

to del pecado”, dijo Epicuro y conoceríamos siempre nuestros pecados y nos enmendaríamos, si nos acostumbráramos a repasar nuestras acciones de tiempo en tiempo, todo lo a menudo que malgastamos horas enteras en naderías de ningún provecho.

Dice un proverbio árabe: “Tus más terribles enemigos son tus pasiones”, y ello es porque dejamos a nuestra alma librada a los impulsos del momento, sin pararnos a meditar, sin alejar de nosotros esas pasiones que nos perturban y nos envenenan. Cada vez que, encontrado el tiempo indispensable para estar con “nosotros”, miremos dentro de nuestro corazón, veremos en él los estragos que pueden haber hecho los malos instintos (que desgraciadamente traemos todos al nacer), y visto ese estrago, fácil nos será, con un poco de buena voluntad y un mucho de ese amor que es necesario que sintamos por nosotros mismos, para poder conocernos totalmente, alejar el mal destruyéndolo en sus propias raíces, arrancando sin miramientos todo aquello que perturbe la limpidez de nuestra conciencia, todo aquello que en mayor o menor grado pueda rebajarnos en nuestro propio aprecio.

M. Pupuy de Lorne.

Pregunta: ¿Tengo obligación de decir a mis sirvientes que ayunen?

Respuesta: Según la moral cristiana los amos tienen la obligación de tratar benignamente a sus criados, de instruirlos y corregirlos, (sobre todo si son menores) y de pagarles el justo salario. La razón es: porque los amos hacen las veces de padres para con los criados; y el Apóstol San Pablo escribe: “Si uno no mira por los suyos, mayormente si son de la familia (si viven en casa), éste tal negado ha la fe y es peor que un infiel”.

Pecan por lo tanto los amos si por culpa de ellos los criados no cumplen con los deberes religiosos (Misa, abstinencia, etc.).

Los amos deben procurar en lo posible que los criados oigan Misa los domingos, ani-

marlos al cumplimiento del precepto Pascual (si hay esperanza de que lo hagan), no darles carne en los días de vigilia. En cuanto al ayuno, como la cantidad que se puede tomar no está tan exactamente determinada; y, por otra parte, muchas personas están legítimamente dispensadas o por debilidad o por el mucho trabajo o por haber obtenido la dispensa, creemos que, en la generalidad de los casos, cumplen con su deber si ofrecen a sus criados la facilidad de cumplir con este precepto y si dan buen ejemplo, sin que estén obligados a vigilarlos continuamente.

P. S. L.